

ÆSI
ÆSI
1234

Poemas
de la bahía

José Antonio Mesa Toré

Col·lecció Poesia de Paper

51

Poemas de la bahía

José Antonio Mesa Toré

Palma, 1997

UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS



5103985126

Col·lecció Poesia de Paper

51

Poemas de la bahía

José Antonio Mesa Toré

Palma, 1997

© del text: l'autor, 1996

© de l'edició: Caixa de Balears «Sa Nostra» i Universitat de les Illes Balears, 1996

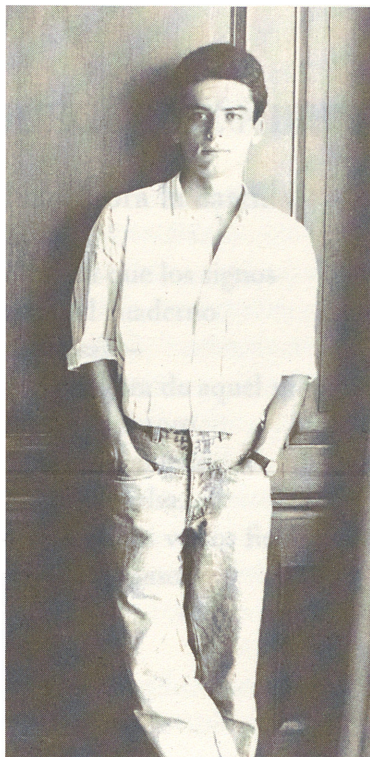
Directors de la col·lecció: Francisco J. Díaz de Castro, Perfecto Cuadrado i Albert Ribas

Disseny: Jaume Falconer

Edició: Universitat de les Illes Balears. Servei de Publicacions i Intercanvi Científic. Campus universitari. Cra. de Valldemossa, km 7.5. E-07071 Palma

Impressió: Taller Gràfic Ramon. Carrer de Jaume Balmes, 39 i 43. 07004 Palma

DL: PM 2.019-1996



José Antonio Mesa Toré ha publicado, entre otras, las plaquettes *En viento y en agua huidiza* (Málaga, 1985), *Teatro en ruinas* (Málaga, 1987), *Espejo de alcoba* (Málaga, 1987), *La dirección del mar* (Málaga, 1988), *La primavera nórdica* (Málaga, 1993), *Tierra calma* (Málaga, 1995) y los libros *El amigo imaginario* (Premio Rey Juan Carlos de poesía, Visor, Madrid, 1991) y *La alegre militancia. Antología 1986-1996* (Málaga, 1996). Figura en las antologías *Poesía andaluza de hoy. 1950-1990* (Sevilla, 1991), *Fin de siglo* (Visor, Madrid, 1992), *El sindicato del crimen* (La Gunia, Argamasilla, 1994), *La nueva poesía. 1975-1992* (Crítica, Barcelona, 1996).

JUEGOS DE NIEBLA

Desempolvar ahora la cartilla

de sus primeras letras
—cuando aún no intuía que los signos
trazados en la niebla del cuaderno
daban nombre a las cosas—
y mirar con nostalgia la letra de aquel niño
que entonces ignoraba su futuro,
es tomar en las manos la moneda
del amor, tan ligera como falsa,
siempre a cambio de algunos versos fieles
al recuerdo sombrío de tu paso.

LA MADUREZ

Un joven, pensativo, mira el cielo,
paréntesis de luz en el afán estéril
de capturar el tono de la vida en un verso.
Han pasado los años con la prisa
del asesino por borrar las huellas
y el viento y las aguas huidizas se han llevado
la inocencia, las manos que en la noche
disponían los límites del sueño.
Todavía le quedan unas cuantas reliquias?
varios libros firmados, los diplomas
escolares y vanos que afean las paredes
y las cartas que desde la tardanza
le enviara una novia desdeñosa.
No sabe bien si el tiempo se recobra o se pierde
y acaso —piensa ahora— en esa duda
esté la madurez. Ya no tan joven
como para ingresar en las antologías
del ramo, aunque le sigan
diciendo las visitas que es muy listo,
acepta en la bonanza de la tarde
que malgastó las horas persiguiendo fantasmas
entre la densa niebla de los folios.
Y con los ojos húmedos, cansado,
mientras a sus espaldas el cielo se oscurece,
regresa a su cuaderno: *Un joven, pensativo...*

FINAL

No siempre es el placer un don esquivo
y ciertas madrugadas nos sorprende
en raros dormitorios la ternura
de un cuerpo del que nada conocemos.
¿Quién se libra entonces de buscar en sus ojos,
más allá del deseo, la promesa
de futuros encuentros, que la vida
nos deje madurar bajo su sombra?
¿Y quién, considerando que en el amor las lágrimas
son tan inevitables como un beso,
no teme, no renuncia a la costumbre
de sus húmedos rizos en la boca?

Por eso me pregunto si aquel tiempo
en que no era delito abrazar tu cintura
volverá —y no tan sólo en la memoria—,
ahora que alza la noche su mirada
y no estás ni en el gozo ni en el miedo.

LA HERENCIA

En casa de mis padres unas sábanas
cubren los muebles, barcos fantasmales
flotando en la penumbra. Sin estela
ni signos en el cielo que los guíen
a los días de sol tras las ventanas.
El pasado, ¿será un rumor de voces
apenas perceptible al otro lado
de una puerta vedada a nuestros juegos
que ahora se entreabre? No lo sé.

Los amigos de días colegiales,
los nombres abreviados, ciertos rostros
y ciertas ilusiones fondeadas
en el tintero sepia de los años,
el futuro, cumplido, y el ayer,
por venir todavía, se confunden,
madeja son del tiempo cuyos hilos
enreda el gato ocioso del recuerdo.
Y de aquello que fuimos ¿quedará algo?
¿Podrán atestiguar estos objetos
aún reconocibles bajo el polvo
que hubo un tiempo, ventura de los míos,
familiar y cercano en esta casa?

Ando a ciegas por ella: la memoria
me lleva de la mano por un túnel
de espesas telarañas. Donde estuvo
el hogar y su luz la mano sólo
palpa ceniza. ¿Quién la habita ahora
si no hay entre las sombras sombra alguna
de vida? ¿Es que también mueren las cosas?

Únicamente tú, desde la infancia
amigo más leal que todas ellas,
acompañas mi suerte y desventura.
Te escucho en el silencio de la casa,
aliento mío, sueño mío, sangre
inventada en las horas de desánimo.
Y sé que cuando beso unos cabellos
parte el beso, ferviente, de tu boca;
y al escribir amor siempre es tu pulso
el que firma la voz enamorada,
y en la noche terrible apuras miedos
en el cristal que ronda por mis labios.

Si dándote la vida menos dura
y pobre imaginé la mía, leo
ahora en tus ojos fríos la verdad.
Éste y no otro es el juego: recordarme
que también yo pudiera ser invento
de un yo desconocido al que en las horas
de tedio divirtieran mis palabras.

Y esta casa, tan sólo un espejismo
de costumbres domésticas, un árbol
caído en la espesura de los sueños
en cuyo tronco me he sentado a ver
cómo la lluvia borra cada huella
de mis antepasados.

(De *El amigo imaginario*)

UNA TROPA DE FANTASMAS

En nieve simulada por harina

sobre un campo de musgo que corona
el cartón vigilante de un castillo,
con alma y pies de plomo los soldados.
¿Qué les espera: el frío como un buitre
en la rama desnuda de los huesos,
la cita con la Historia, algún poema?
¿O quizá solamente la costumbre
de morir cada tarde? Son sumisos
y es la mano de un niño la que traza
su suerte. Van armados con los sueños
de quien jamás perdona la derrota
ni sospecha la sangre ni ve el día
en que la nieve sea verdadera.
Los creía acampados bajo el cielo
sucio de algún desván, las filas rotas,
mas vuelven cada noche entre la niebla
y el barrizal del sueño. Tropa aciaga
de fantasmas que sitia los pasillos
y en la puerta golpea, y araña, y gime.
Han jurado venganza y ahora ríen
viendo a su general, cobarde y solo,
bajo el peso doliente de la vida.

LA PRIMAVERA NÓRDICA

Nos despierta la luz: un telegrama

que coge por sorpresa a la ternura
con sus malas noticias. Con premura
salto al frío: el trabajo me reclama.
Te dejo nube errante por la cama.
Creo que estás dormida. Qué locura:
tienes puestos los sueños a la altura
de mi alma. De repente, algo llama
mi atención. Es tu voz que se desviste:
«¿Eres feliz, José?», pregunta, grave,
como si no esperara que lo fuera.
Andaba despistado, casi triste,
el corazón. Entonces ya no cabe
duda: será verdad la primavera.

LOS TEJADOS DE SUECIA

Nos separan montañas,
mares, lentos países
dormidos sobre el atlas,
cielos de días grises
en páginas de nieve.

¿O son tus diecinueve
años frente a mis canas
hurañas y docentes?
(No pongas fruta sana
rozando la madura.)

Pasa también que algunas
veces son las palabras
como nórdica bruma
que nos nubla el alma.
Y acaso mis costumbres

—bajemos de la nube—
¿no darían la espalda
a las tuyas? Ya cubre
la nieve nuestras cartas,
los tejados de Suecia.

En la memoria arrecia
la ternura nevada
de tu piel. Nos alejan
los sueños de otras sábanas,
algunos requisitos

ciertamente incumplidos,
y el temor al mañana,
y el miedo al espejismo.
Mas nunca la desgana,
nunca el amor, el odio...

entre ambos, como un biombo
de verdades a medias.

(De *La primavera nórdica*)

LA PROMESA

(Iglesia de los Santos Mártires)

Tengo muy pocos años esa tarde
y ella apenas tenía algún vestido
decente, dos estrellas apagadas
bajo el humo del velo y una antigua
promesa que me arrastra hacia el misterio.
Entre las manos pone una moneda
y al conjuro del brillo me separo
de su plegaria. Avanzo en la penumbra,
frente a un candelario me detengo,
¿o quizá unos ojos no sentidos
congelen el instante para siempre?

De la nada la cera alumbra un mundo
nuevo: un dedo de sombra me señala
terrible y angelical sobre la piedra,
los puñales destilan en el pecho
puntas de plata fría y de los pies
que hace sólo un momento hemos besado
gotea sangre negra, migratoria.
Son sus lágrimas mías, mío el trance,
y para cuando cae en el cepillo
la moneda unos brazos me redimen,
me consuela una voz de tanta muerte.

TABLAS VOTIVAS

(María Kyrkan)

Sin devoción avanzo por el templo:

es sólo calma oscura, esbelta nieve
en los toscos maderos de una cruz.
De las bóvedas caen dos cadenas,
en las cadenas bogan unos buques.
Los guían las estrellas de los cirios
allá en sus olas de aire sin espanto.
Qué lejos de las piernas mutiladas,
de los ojos brumosos, de los cuerpos
con tumores de plata, y qué serenas
estas tablas votivas cuando piden
por la paz de los hombres en sus barcas.
Recuerdo las rodillas de mi madre
humilladas en tierra,
lozanas todavía,
y los brazos en cruz de las mujeres,
mástiles de dolor entre los bancos
de misteriosa niebla. Nunca olvido
la brisa removiendo los mechones
de pelo, el araño de la sangre
en la piel azulada de aquel náufrago.
Y no quiero acordarme.
Sin devoción avanzo por el templo.

(De *Tierra calma*)

LA POESÍA

No más que nadie ni mejor tampoco

que otros: la amé con rabia y obediente
de reglas y caprichos. Fui paciente
si ella beligerante. Estuve loco
al estimarla mía enteramente,
que ser el dueño fue tenerla en poco,
no poseerla, en fin. Si ahora toco
por azar su virtud, indiferente
se entrega al viejo amigo que la busca
con voz arrepentida en el recuerdo.
Ya nada le reprocho, sin embargo,
y apenas si le escribo. No me ofusca
verla coquetear, pasar de largo...
Tal vez salgo ganando si la pierdo
de vista por un tiempo. En los que corren
contadísimas diosas nos socorren
y ella también se porta como un cerdo.

DIÁLOGO NORTE-SUR

Un oasis de luz en la desierta noche,
el dedo sobre el atlas entretenía al muchacho en ilusorios viajes,
perdía en los zocos, en el mercado negro
canjeaba las tristes y harapientas palabras de su mundo
por diademas, alfanjes, perfume de aventuras...

Versos después, un niño señalaba con mano desvaída
las regiones lejanas de nombres eufónicos:
Trípoli, Yeros, Kemen, Bagdad, Adalia, Córdoba...
(Sólo son dos ejemplos del prestigio poético
de la cartografía
para el que se aconseja el apoyo logístico de las
voces esdrújulas.)

Yo (no voy a negarlo)
en el solar campestre de la infancia
vi muy pocos gigantes y algún que otro molino.
Por las escalas de viento que circundan el globo
nunca se descolgó, el sable entre los dientes,
uno de aquellos bárbaros piratas celeberrimos. ↵
Yo perdí (perdonadme), si no el sueño, la brújula.

Un atlas era sólo un decorado
con olas disecadas al pie de falsos diques
y síntomas de lepra en el papel de montes;
el rodaje del tiempo era un estudio.

Provincias y países simulaban exvotos
en la pared hierática de la geografía.
¿Rogaban a sus dioses una vida futura?

Desde que te marchaste de esta ciudad fantasma
abre el dedo caminos en la supuesta nieve
y las uñas regresan moradas por el frío,
escucho cómo el viento amontona el invierno
en diminutos bosques, y el hogar más remoto
huele a vino y canela, a cera derretida en las
tardes oscuras.

No importa que el amor se mida a escala.
Puedo ver las antorchas en las calles ausentes
y presentir las huellas de los alces
que cruzarán sin prisas el asfalto
de Karlskoga, de Gränna, de Helsingborg...
O descifrar tu nombre en el silencio
de las runas.

Bajo la dulce lámpara,
relucen en la noche las fronteras de tinta.
Son puntos de sutura.

PENÚLTIMA LECTURA EN LÉRIDA

«...héroes descreídos moviéndose
entre la pasión y un leve hastío
que, según parece, es rasgo
generacional»

ANTONIO JIMÉNEZ MILLÁN

Hemos cruzado el mapa de la noche.

Inútil que os revele la película
del paisaje: fantasmas que eran hombres
en breves estaciones de provincias,
mendigando quizás aquel destino
de bustos en primera clase; y luego,
la soledad, la lluvia, los caminos,
el apagón tan largo del invierno.
Hemos dejado atrás los años fáciles,
los poemas sin vida, el cielo azul,
las cenizas parejas de mis padres
diciéndonos adiós, el fausto Sur.
Ya no somos los mismos, ya no somos
los jóvenes poetas que reían,
seguros de sus sueños, en las fotos;
esos del leve hastío en poesía.
En un andén de frío y madrugada,
unas manos abiertas nos esperan.
Cuando chocan abrigos y distancias,
la alegría se abraza a la tristeza.

LA MALETA

Lleva meses vacía, como carta
que sin ser nuestra abrimos al descuido
y no llega jamás donde las señas.
La deshizo el deseo con la llave
maestra de su tacto, y a la sombra
del amor permanece noche y día.

Llegará, sin embargo, ese mal día
en que yo encuentre el frío de una carta
encima de la mesa, breve sombra
de un adiós anunciado con descuido,
y la maleta esté frente a la llave
familiar y lejana de otras señas.

Porque de nada sirve hacernos señas
en la angustia, estirar la piel del día,
que guardemos las lágrimas con llave
o nos juguemos todo a una carta:
en un sólo momento de descuido
el deseo se oculta entre la sombra.
Y ya su escalofrío no es ni sombra
de lo que fue ni da tampoco señas
de un futuro tangible. Por descuido,
el fantasma del tedio nubla el día
asusta a la pasión y tiene carta
blanca para ponerla bajo llave.

Sí, llegará la hora en que una llave
gire en la cerradura de la sombra
y vuele la maleta, urgente carta
que huye por el cielo; por más señas,
el cielo melancólico y sin día
de tu país. Será si me descuido.

Y el tiempo siempre coge en un descuido,
y arranca de las manos toda llave,
y nos vuelve la espalda el claro día.
La vida a veces tiene mala sombra:
disfruta con borrar todas las señas
del amor y quemar su última carta.

Sin llave iré a las puertas de la sombra
como una carta que no dice señas
y el día será cruel en su descuido.

LOS DURMIENTES

I

(Nuestra infancia)

En las noches de lluvia yo me acuerdo
del tambor de la lluvia cuando niño:
era un tambor de guerra a borbotones
el tambor de la lluvia.

Yo recuerdo
que redoblaba el susto aquel tambor
cada noche más cerca y más de lluvia.
Y recuerdo con miedo el miedo grande
a que la luz se fuera y ya tan sólo
el miedo, el resplandor de los relámpagos
confirmaran que estábamos con vida.

En las noches de lluvia yo me acuerdo
de que rugía ronca en los tejados
de uralita la lluvia, en las ventanas
que empañan las canciones escolares,
en la mohosa lata de conservas
que pudo ser tambor de nuestros juegos,
en el patio, en la alberca, en los pilones
donde pesqué la luna con las manos,
en el abrazo roto de los padres,
la lluvia, nuestro llanto, su metralla.

II

(Su juventud)

En las noches de lluvia yo me acuerdo

de que madre buscaba alguna vela,
un candil olvidado en la costumbre
de las horas iguales, soleadas.
De la chinesca lata de cacao
ella nos revivía viejas sombras,
paisajes de otro tiempo donde nunca,
donde jamás las nubes enturbiaban
la claridad del cielo con la lluvia,
con las banderas negras del otoño.

En las noches de lluvia yo me acuerdo
de cómo sus palabras colorean
los primeros vestidos para el baile,
las risas que enamoran a las noches,
las meriendas campestres, el deseo
en el azul salobre del verano.
Las campanas parecen festejar
de nuevo sus latidos de blancura,
el pródigo linaje que la escucha
a salvo ya del clima, cautivado.

III

(Nuestros antepasados)

En las noches de lluvia yo me acuerdo

de que acordarse de algo nubla el cielo:
son nubes que amenazan aguanieve,
dolor, melancolía.

En la memoria,
en cualquier álbum hay miradas muertas
detrás de la cortina de la lluvia,
esperando, esperando siempre el sol
de los días futuros, las palabras
que evoquen sus palabras, los recuerdos
que les presten un hoy, no más, de vida.

En las noches de lluvia yo me acuerdo:
al hilo de su voz y de la lluvia
los durmientes desfilan como nubes,
se puebla el horizonte de jinetes
bajo un tambor de guerra verdadero,
caen de los caballos, se incorporan
sobre el lodo, prolongan su destino
en la sangre pequeña que saluda
su cortejo triunfante en el relato,
su vuelta al otro lado de la lluvia.

IV

(Sus descendientes)

En las noches de lluvia yo me acuerdo

de que madre ponía en la cabeza
del más asustadizo de los hijos
su mano, y le nombraba caballero
de aquel reino que ella ya sabía
enterrado en la bruma; centinela
de un mundo para siempre en blanco y negro
pero que merecía defenderse
con honor del olvido, del futuro,
de las banderas negras de la lluvia.

En las noches de lluvia yo me acuerdo,
al poner por escrito y por soñado
la épica menor de mis mayores,
de aquel gesto tan suyo, teatral,
pero que en la distancia nos mantiene
unidos, con los ojos bien abiertos.
Y me asusta pensar si estos poemas
tendrán el brillo noble de una espada
o la herrumbre de aquella lata triste
que recoge el lamento de la lluvia.

V

(Pasado, presente, futuro)

En las noches de lluvia yo me acuerdo

de un tambor de hojalata que despierta
al dorso de la lluvia cuerpos, voces,
caricias, soledad, sonrisas, lágrimas,
todo lo que dormía oscuramente
en mi vida sin yo saberlo mío.

¿Y qué haré, abrir la puerta o no?
¿Debiera darles techo a los fantasmas
que el tambor de la lluvia convoca
y vagan con más vida que los vivos?

Yo no pedí la vida, ni la quiero,
para volver los ojos al camino
que pone en pie las sombras del pasado.
Sea mi vida sol y primavera,
como seguramente fue la suya,
y no la noche fría de los versos
que a cantar su memoria me destinan.
Y si acaso la lluvia no cesara,
sentir al fin que bajo su murmullo
también el centinela se ha dormido.

LA ALEGRE MILITANCIA

La mañana en que un muerto salió de nuestra casa
yo seguí respirando alegremente.

¿Acaso el aire estaba más pasivo
que de costumbre? Yo seguí creciendo
sin esfuerzo en el libro de familia,
disfrutando del sol a pesar de las gafas
oscuras, de la pía corbata lastimera
en la orfandad del pecho.

Yo seguí con la vista
puesta en los firmes culos allegados,
en escotes de pésame y juventud risueña.

Me avergüenza pensarlo.
Pero el dolor jamás hará campaña
del lado de la muerte.

La mañana en que un muerto sale de nuestro tiempo,
es la vida, tan viva, tan sol sobre el tejado,
es la vida, tan puta y diplomática,
quien gana más adeptos.

(Inéditos en libro)

L'autor ha llegit aquests poemes al Centre de Cultura Sa Nostra

el dia 13 de gener de 1997

ÆST
ÆST
1234

26. JOSEP MARÍ. *Poemes*
27. FRANCISCO J. DÍAZ DE CASTRO. *Noches de hotel*
28. MIQUEL CARDELL. *Les terrasses d'Avalon*
29. FELIPE BENÍTEZ REYES. *Poemas*
30. BARTOMEU FIOL. *Canalla contra establishment*
31. MARIÀ VILLANGÒMEZ. *Entre la mar i el vent*
32. CÉSAR ANTONIO DE MOLINA. *Poemas*
33. LUIS ALBERTO DE CUENCA. *Poemas*
34. M. LÓPEZ CRESPI. *L' obscura ànsia del cor*
35. SEBASTIÀ ALZAMORA. *Formes del cercle*
36. ÀNGEL CAMPOS PÁMPANO. *Poemas*
37. LUIS MUÑOZ. *Poemas*
38. JUAN BARJA. *Las noches y los días*
39. ANTONIO GAMONEDA. *Poemas*
40. ÁLVARO SALVADOR. *Diez de últimas*
41. ÀNGEL TERRON. *Al·lotropies*
42. JAVIER JOVER. *Urano en la casa doce*
43. RAMIRO FONTE. *Poemas*
44. ÀNGEL GONZÁLEZ. *Poemas*
45. JOAQUÍN BENITO DE LUCAS. *Poemas*
46. DAMIÀ HUGUET. *Les flors de la claror*
47. ENRIC SÒRIA. *Poemes*
48. JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN. *Cuaderno de Valldemossa*
49. JORDI VIRALLONGA. *Con orden y concierto*
50. DIEGO SABIOTE. *Las nubes eran blancas*

4321
4321
1234



Universitat de les
Illes Balears

"SA
NOS
TRA"
Obra Social
i Cultural